


REVISTA DE LIBROS

Dossier: Serie Años Cruciales

Presentación. María Elena Barral autora de 1831

María Elena Barral

*Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” -
Universidad de Buenos Aires - CONICET /
Universidad Nacional de Luján /
Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios - Universidad Nacional de San Martín
magnebarral@gmail.com*

*Fecha de recepción: 05/05/2025
Fecha de aprobación: 08/05/2025*

Hola, buenas tardes. También agradezco a Ernesto, a los editores y a los evaluadores anónimos de 1831. *Orden, federalismo y provincias*. En cierto modo, mi presencia en este panel es casi testimonial porque, en rigor, el libro todavía no está impreso. Ustedes deben creer que existe, así que es un poco un acto de fe. Habrán visto la tapa, y allí al “exterminador de la anarquía”: Rosas atravesando este año crucial de 1831. Y aunque, obviamente, el libro habla del rosismo, no sólo trata del Restaurador o del Exterminador.

Hace rato que vengo pensando que escribir para más gente, es escribir mejor... pero, al mismo tiempo, es más difícil. Recomiendo mucho ir a talleres de escritura, poner en circulación los textos en ámbitos no académicos, consultar a la gente que se dedica a la divulgación científica.

Tengo, por ejemplo, mi correctora cabecera, ella no viene de la Historia (exhibe otros títulos académicos), Cecilia García Sampredo. Siempre le consulto y, de hecho, le agradezco por su lectura minuciosa de 1831.

En esto de la escritura, coincido con el problema de la “jerga” que mencionaba Fabio. Lo veo como un desafío: salir de ciertos “automatismos historiográficos”, romper la cápsula o la burbuja y estar atentas al uso de ciertos términos o conceptos que, a veces, a pesar de sus buenas intenciones, funcionan como tapones. Tapan más que explican. Se convierten en tautologías y cierran el debate: como si sólo con nombrarlos ya estuviéramos explicando algo complejísimo. A veces, sin querer, terminan reemplazando a la explicación o la narración histórica. Obviamente no se trata de dejar de usarlos, pero sí abrirlos y llenarlos de historias y que sean las historias las que expliquen el concepto, y no al revés.

Para los años que se tratan en 1831 hay muchos ejemplos de este tipo de conceptos: caudillismo, unanimismo, sacralización de la política. Obviamente, han sido nociones muy importantes y nos han ayudado a entender procesos históricos fundamentales, pero también tienen un riesgo: a veces se convierten en atajos explicativos. Y en ocasiones, reemplazan a la historia. El punto no es descartarlos (¡son herramientas valiosísimas!), sino desarmarlos, ver qué tienen adentro, poniéndolos en diálogo con casos concretos, observando las contradicciones, las tensiones, los matices.

También me parece clave repensar cómo organizamos la información. Los mapas, por ejemplo, son fundamentales —y, aquí, aprovecho para agradecer a Tomás Guzmán por la elaboración de los mapas del libro—, pero no como simples ilustraciones ni como un modo de presentar resultados sino como herramientas de análisis, que abren nuevas preguntas. Lo mismo con las imágenes: tienen que conversar con el texto, profundizar los argumentos y revelar nuevas dimensiones. Por eso quiero agradecer también al Museo Saavedra, al Museo Histórico Nacional, al Archivo General de la Nación y hasta a *Página 12* (sí, un diario actual) porque, aunque parezca raro, su archivo fue clave para escribir un libro sobre 1831. En un rato les cuento esa curiosidad.

En este libro me di el gusto de poner mucha música: hay canciones —está la canción romántica y el cancionero federal—, la música al interior de los teatros y/o fuera de ellos, también Gabo Ferro, sus vampiros y monstruos. Estos recursos permitieron de recuperar distintos aspectos de la

vida social y política y para eso tuve que leer muchos textos que no había leído de colegas, a veces muy jóvenes, a veces no tan jóvenes.

Entonces, al escribir este tipo de textos (¿de alta divulgación?) propongo realizar una operación que no es sencilla: olvidarse del mundo académico como lector privilegiado y, al mismo tiempo, recuperar las investigaciones especializadas. Suena casi esquizofrénico, pero es algo que, al menos a mí, me ayuda.

Volviendo al contenido del libro: el desafío principal fue mostrar la importancia de un año que comenzó con la firma del Pacto Federal, el que se incorporaría, sin demasiada impronta propia a la borrosa noción de “pactos preexistentes”. Me propuse poner de relieve su importancia en términos de construcción institucional que colaboró con un tipo de organización confederal donde cada provincia, cada estado, era soberano y que fue el fundamento institucional que reguló las relaciones interprovinciales hasta la firma de la Constitución de 1853.

La clave fue mostrar dos procesos que suelen verse como opuestos (sobre todo, para el “sentido común histórico”), pero que en realidad fueron complementarios: y aquí viene lo importante: desarmar ese falso dilema que suele presentarse entre, por un lado, los liderazgos políticos fuertes (incluso la figura del “caudillo”) y, por otro, los procesos de institucionalización. Dicho de otro modo: las maneras en que los Estados provinciales —y aquí trato de ofrecer una mirada de conjunto— conducidos por estos caudillos (y no al margen de ellos), sentaron las bases del Estado nación que se concretaría varias décadas más tarde.

Y ahí también me pareció indispensable incorporar la historiografía sobre la construcción de los entramados institucionales que buscaron organizar las formas de gobierno local, a partir de las agencias civiles, militares, eclesiásticas y explicar esta construcción en distintos espacios provinciales. Por eso el libro recorre Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes (las firmantes originales del Pacto), pero también Mendoza, Tucumán y Córdoba, para tener una mirada integral. En ese sentido, 1831 fue más una “excusa” para entender procesos más amplios, que el análisis del año en sí mismo, aunque no por eso 1831, deja de ser crucial.

Es crucial por la firma del Pacto, por lo que cierra y por lo que abre. Es un quiebre en la historia de nuestro pasado porque representa el fin de la guerra civil y del proyecto unitario como

alternativa política real, y porque abre una nueva etapa donde la figura de Rosas, del federalismo y de las provincias resultan centrales para su comprensión histórica. Este libro, situado en el año crucial de 1831, habla de una época que lo trasciende y también lo explica, y por ello recupera parte de la historia previa y se extiende hasta los primeros años de la década que inaugura. El Pacto Federal es una buena muestra de lo que el rosismo habilitó y lo que obstaculizó en la construcción del Estado y de la nación. Esta alianza firmada entre las provincias del Litoral —y que luego suscribió el resto— y serviría al mismo tiempo como fundamento institucional que reguló las relaciones interprovinciales hasta 1853 y plataforma para la construcción del predominio de Buenos Aires.

Una confesión del “detrás de escena”: en un principio, dudamos con Ernesto si elegir otras opciones de años cruciales: ¿1828?, ¿1829? Si para la mayor parte de la gente 1831 no era visto como un año crucial, 1828 o 1829 (con acontecimientos dramáticos como el asesinato de Dorrego, el levantamiento de la campaña, los segundos funerales), también eran problemáticos. Primero, esos sucesos podían resultar todavía más indescifrables para el público general que 1831; segundo, nos arriesgábamos a caer en una perspectiva demasiado porteñocéntrica. Finalmente optamos por 1831, un año que, aunque pueda pasar desapercibido a simple vista, funciona como perfecta bisagra histórica. La brillante portada (y aquí aprovecho para agradecer las ideas de Ernesto, Daniel Vidable y Francisco Marcaletti de Ediciones UNGS) capta esta idea: muestra a Rosas atravesando el año como figura central, pero conectando un pasado turbulento con las décadas por venir.

Es cierto que usar la imagen de Rosas como "Exterminador de la Anarquía" —esa potente metáfora política del siglo XIX— podría reforzar una visión centrada en Buenos Aires. Sin embargo, su figura resulta inevitable: en ella se condensan las tensiones clave que analiza el libro, incluso cuando miramos más allá de la capital hacia el complejo entramado confederal.

Discutí bastante con Silvia Ratto, que está escribiendo *1820*, y ahí teníamos “tironeos” acerca de cuál de las dos debía ocuparse de las reformas rivadavianas, de la guerra con Brasil u otros procesos que tuvieron lugar en la década de 1820. Por ejemplo, ¿qué hacer con los fenómenos económicos que trascendían las divisiones cronológicas tradicionales? Estas discusiones nos llevaron a reformular preguntas y a observar con nuevos ojos los ritmos del cambio histórico, sus variacio-

nes, ritmos, persistencias. De algún modo, la nueva información disponible sobre la vida social, política e institucional de los años rosistas ponía en evidencia sus diversas filiaciones respecto a las décadas precedentes: ¿qué le debía el rosismo a la Revolución de Mayo o al programa rivadaviano?

Pero además en el libro hay otras escalas temporales más amplias. De hecho, la introducción comienza con otro año crucial, que es 1989, a cargo de Valeria Manzano. Y ese año crucial lo menciono porque empiezo hablando de la repatriación de los restos de Rosas y cómo se concreta luego de varios intentos fallidos. Y acá leí mucho los trabajos de Leandro Nicolás Pankonin acerca de este proceso. En 1989 Menem como presidente, comenzaba a cumplir, con esta repatriación, las promesas realizadas durante la campaña electoral en términos de cerrar las antiguas antinomias y enfrentamientos entre argentinos, la búsqueda de reconciliación y la “obra del perdón” que se concretó un año después con el indulto a los militares juzgados por el juicio a la Juntas de 1985. Es evidente que todo esto tiene nuevas resonancias en nuestro presente. En este recorrido me permití un lujo: releer la crónica de Osvaldo Soriano en *Página/12*, donde describía minuciosamente el traslado de los restos de Rosas, incluso su escala en una sala velatoria cerca del aeropuerto de Orly. Ahí el archivo del diario se volvió clave.

1831 se alimenta de importantes contribuciones historiográficas, como las biografías de Dorrego (de Di Meglio) y Rosas (de Gelman y Fradkin) publicadas por Edhasa, que buscaban reubicar a estos personajes en sociedades que hoy conocemos mejor gracias a décadas de investigaciones. En cierta forma, este libro retoma ese enfoque. Otro eje que me interesó explorar fue la dimensión religiosa, aunque no desde el lugar más evidente (como el lema “¡Viva la Santa Federación!” o la “sacralización” de la política), sino a través del rol concreto de las estructuras eclesásticas en la construcción del orden institucional. En especial me interesa volver a la relación entre catolicismo y política y al papel de los párrocos atravesados por la vida política y cada vez con más dificultades para asegurar la “paz común”. Por último, el libro no solo analiza el pasado, sino también sus reinterpretaciones posteriores: cómo se discutió y resignificó esta experiencia histórica en distintos momentos.

En aquel suplemento especial de *Página/12*, que mencioné a propósito de la crónica de Soriano (del 30 de septiembre) también escribía José Pablo Feinman. Y se hacía varias preguntas sobre la repatriación de los restos de Rosas: ¿Por qué no lo trajo Uriburu, Perón, Frondizi, Onganía, Lanuse, el Perón herbívoro del 73, Videla o Alfonsín? ¿Qué Rosas vuelve? ¿Por qué lo trae Menem? Y cito la respuesta a una de estas preguntas:

“¿Qué ocurrirá? Nada. Habrá actos oficiales. Algún cura dirá algo. Y luego lo enterrarán otra vez. Hoy la historia se hace como Sarmiento decía que Rosas hacía el mal, sin pasión. Hoy, Rosas no avivará las polémicas ni agitará las ideas. El país que lo recibe –inmerso en la tibieza, en la incertidumbre y hasta en la impavidez– no ha generado aún espacios políticos diferenciados ni una praxis intelectual capaz de enfrentar la inagotable complejidad histórica y política del infamado de Southampton. La maldición de Mármol ha concluido”

Es llamativo que hacia fines de los noventa, cuando el debate público sobre Rosas parecía ya calmado, un conjunto de investigaciones se ocupara de estudiar en profundidad determinados aspectos de la sociedad, la economía y las instituciones de la provincia de Buenos Aires luego de la Revolución de Mayo. De algún modo, el rosismo volvió a estar bajo la lupa, pero desde ángulos nuevos: sus vínculos con las sociedades indígenas, el papel de los jueces de paz y de las milicias en la campaña bonaerense, el lugar de los curas y del catolicismo en esas comunidades rurales. Estos trabajos pusieron en tensión buena parte de los análisis sobre el rosismo, inscriptos, con cierta comodidad hasta el momento, en el campo de los estudios académicos sobre el “caudillismo”.

Pero el revisionismo no estaba tan muerto como parecía. Muchas de sus instituciones y grupos seguían activos, tanto en espacios públicos como privados. Halperin Donghi decía en 1994 que esa visión histórica se estaba “disolviendo”, pero el zorro astuto de los cuentos, dejaba una advertencia frente a la posibilidad del surgimiento de nuevas crisis políticas “todo el pasado se erizará de nuevo de conflictos que van a interesar a los historiadores”. Y tuvo razón. La crisis del 2001 revivió con fuerza esas discusiones: en los medios, en la militancia y en los círculos intelectuales. Y el revisionismo recuperó protagonismo.

Hoy las cosas son distintas. Juan Manuel de Rosas no está en el nuevo Salón de los Próceres (inaugurado en la Casa Rosada en 2024, que reemplaza al de las Mujeres Argentinas del Bicentenario), pero Menem, quien repatrió sus restos, sí. Más allá de estas polémicas, quiero destacar el trabajo enorme de historiadores e historiadoras, muchos en universidades nacionales y el CONICET,

de quienes aprendí mucho. Como les decía, en este libro hay mucha música y canciones, entonces quería cerrar con unos versos de la *Canción del cantor* de Zitarrosa:

*“Con cada canto nuevo, siente el que canta
que le sube la vida por la garganta.*

*Los cantores que cantan cosas prestadas
son como los gorriones, van en bandadas.*

*Mejor cantar poquito, como el hornero,
y levantar el nido frente al pampero.*

*No hay canción que me cante, dice el trovero,
para el buey de adelante sobra el sendero.*

*Porque el canto me sale, como aprendido,
desde el nacer peleando contra el olvido.”*